

Presentación

Estos apuntes no van dirigidos a mis colegas, de los que tanto podría aprender y a los que tengo tan poco que enseñar. Van dirigidos más bien a mis alumnos, con el propósito de facilitarles el aprendizaje y la comprensión de un misterio tan apasionante como el eucarístico. Llevan detrás muchos años de enseñanza, que espero que hayan servido para elaborar una explicación ordenada y sistemática de esta materia. No pretendo así acumular erudición, sino seleccionar aquella que me parece más relevante con vistas a una comprensión progresiva de las distintas dimensiones de la eucaristía. En este sentido, procuro que los conceptos vayan surgiendo poco a poco y de un modo ordenado, para facilitar su asimilación. Partimos de los datos bíblicos e histórico-patristicos, para llegar después a los distintos desarrollos magisteriales, presentes en papas y concilios. Intento así combinar una perspectiva histórica con un método sistemático. Por tanto, de vez en cuando, proponemos unos esquemas y unas sistematizaciones que faciliten el avance del posible estudioso, al cual le deseamos que pueda disfrutar con esta materia.

Como punto de partida de estas páginas, me permito citar a un santo contemporáneo, san Josemaría Escrivá (1902-1975), fundador también de mi universidad: al pronunciar unas «palabras que os dispongan a la impresionante eucaristía que hoy celebramos en el campus de la Universidad de Navarra», vemos en ellas compendias las distintas partes y dimensiones de la eucaristía contenidas en estas páginas. «Considerar unos instantes el hecho que acabo de mencionar, continuaba aquel 8 de octubre de 1967. Celebramos la sagrada eucaristía, el sacrificio sacramental del cuerpo y de la sangre del Señor, ese misterio de fe que anuda en sí todos los misterios del cristianismo», como iremos desglosando en los siguientes capítulos. Veremos así las dimensiones memorial y sacrificial de la eucaristía, que resultan irrenunciables para su comprensión profunda de este misterio: «memorial de la pascua del Señor», la llamaba en esa misma homilía.

Celebramos, por tanto, la acción más sagrada y trascendente que los hombres, por la gracia de Dios, podemos realizar en esta vida: comulgar con el cuerpo y la sangre del Señor viene a ser, en cierto sentido, como desligarnos de nuestras ataduras de tierra y de tiempo, para estar ya con Dios en el cielo, donde Cristo mismo «enjugará las lágrimas de nuestros ojos y donde no habrá muerte, ni llanto, ni gritos de fatiga, porque el mundo viejo ya habrá terminado» (cfr. Ap 21,4).

Aparecen aquí también anudadas las dimensiones cristológica, convival, comunal y escatológica del misterio eucarístico, a las que une a la trinitaria, expuesta en otro lugar por el santo aragonés, donde llama a la celebración eucarística «corriente trinitaria de amor» (*Es Cristo que pasa*, n. 85).

Esta verdad tan consoladora y profunda, esta significación escatológica de la eucaristía, como suelen denominarla los teólogos, podría, sin embargo, ser malentendida: lo ha sido siempre que se ha querido presentar la existencia cristiana como algo solamente espiritual —espiritualista, quiero decir—, propio de gentes puras extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí.

De esta forma, después de remontarnos hasta el cielo por medio de la eucaristía —«el cielo en la tierra»—, somos capaces de volver a este mundo, para poderlo ofrecer como ofrenda agradable al Padre en el Espíritu. Por eso santificar el trabajo y la vida ordinaria será sobre todo «llevarlos a la misa», como decía el profesor Gonzalo Redondo (1936-2006).

En lo que se refiere a la metodología, en estas líneas pasaremos desde las *fuentes* —la Escritura y los Padres—, para ver qué nos dicen sobre la eucaristía prefigurada, prometida, instituida y celebrada. Más adelante afrontamos tres importantes núcleos temáticos que nos ofrecen distintas dimensiones del misterio eucarístico, vistas siempre en su unidad: los distintos *momentos* de la eucaristía como memorial, como presencia y como comunión. Consiste así en ver, en primer lugar, cómo la eucaristía se hace presente entre nosotros, cómo se queda presente entre nosotros y cómo podemos recibirla en la comunión. Son tres momentos complementarios, que intentan obtener todo el fruto posible a este gran don que se nos ofrece. En forma de epílogo, analizamos brevemente la *praxis* de la eucaristía como «comunión, adoración y ecumenismo», es decir, la práctica de la comunión eucarístico, el culto eucarístico —visto siempre como un eco de la celebración eucarística—, así como las

implicaciones pastorales y ecuménicas del que consideramos el núcleo central de la Iglesia, que constituyen la tercera parte de estos apuntes.

De esta forma, vamos viendo el misterio eucarístico desde sus distintas *facetas* o perspectivas, como si de apreciar un diamante o una piedra preciosa se tratara: la eucaristía prefigurada en el antiguo testamento, prometida en el discurso del pan de vida, instituida en la última cena, celebrada en la Iglesia, actualizada con el memorial, presente en la plegaria eucarística, recibida en la comunión y adorada en el culto eucarístico.

Pienso que queda así un desarrollo suficientemente completo de los elementos esenciales que se contienen en este inagotable misterio, que es la eucaristía. En estas páginas, junto a la Escritura (en su traducción de la *Biblia de la Universidad de Navarra*), los Padres y otros teólogos a lo largo de la historia, hemos prestado especial atención al *Catecismo de la Iglesia católica* (CEC) —que tan en cuenta tuvo a la liturgia y los sacramentos, hasta constituirlos en uno de sus cuatro «pilares» fundamentales—, así como especialmente al magisterio más reciente de los últimos papas y concilios. Ofrecemos, de esta manera, abundantes textos en estas páginas, para que el lector pueda confrontarlos personalmente.

No puedo olvidar los necesarios e imprescindibles agradecimientos. En primer lugar, a Pedro López, mi predecesor en esta asignatura, quien me brindó el esquema inicial con el que di mis primeros pasos docentes. Después a José Antonio Abad y José Ramón Villar (†), de la Universidad de Navarra y de la Facultad de Teología del norte de España, en Burgos, respectivamente, por embarcarme en esta aventura, hace ya unos cuantos años, así como a las sugerencias recibidas de José Rico Pavés, actual obispo de Asidonia-Jerez, y de Ángel García Ibáñez de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, en Roma. Estoy igualmente agradecido a los trabajos de Antonio Miralles, de la misma *alma mater*. Además, no puedo olvidar los comentarios y críticas de mis colegas: Jaume Fontbona y Jaume González Padrós, de la *Facultat de Teologia de Catalunya*, José Luis Gutiérrez y Juan Rego del *Istituto de Liturgia* de la mencionada universidad romana, Manuel Aroztegui de la Universidad eclesiástica de San Dámaso, en Madrid, y de mis compañeros navarros Félix María Arocena, Alfonso Berlanga, Juan José Silvestre, Eduardo y Marcos Torres. En fin, a mis alumnos, a quienes debo y van dirigidos estos apuntes.

Roma, otoño de 2025,
60º aniversario de la encíclica *Mysterium fidei* de Pablo VI